

LA PARALIZACION DE CAPACIDADES EN LA POLITICA DEL TRABAJO, UNA ABERRANTE PRACTICA DE NUESTRO TIEMPO

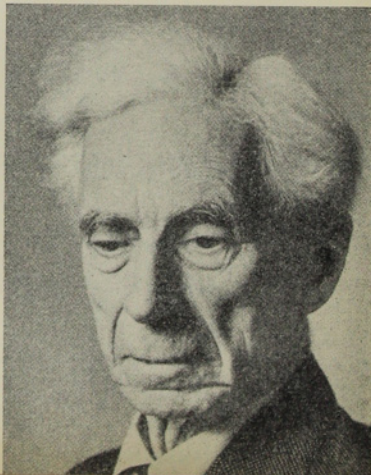
VERDADERA PERSECUCION AL HOMBRE MADURO

Nuestra sociedad, esa sociedad ultraorganizada, que con tanta destreza y tanta ciencia sabe arrancarle utilidad a las fuerzas de la naturaleza en forma más intensa cada día, que investiga constantemente en busca de nuevas posibilidades y que con increíble sentido económico aprovecha todo lo que promete ganancia, esa sociedad mantiene, con reiteración, improductivas, valiosas energías humanas y deja incesantemente perderse mucho de lo que en tiempos en que escasean los capaces de trabajo calificado podría significar inestimable ayuda. Y por inaudita paradoja, son justamente la organización y reglamentación que todo lo invaden las que se vuelven contra sí mismas y empujan a las tribulaciones de una suerte cruel a seres humanos capaces y descosos de trabajar. En nada se manifiesta esto con más ingrata fisonomía que en los casos de personas que han rebasado los 45 o 50 años y que en avanzada edad, al haber perdido prematuramente sus puestos por algún motivo, se ven en trance de buscar trabajo para subsistir.

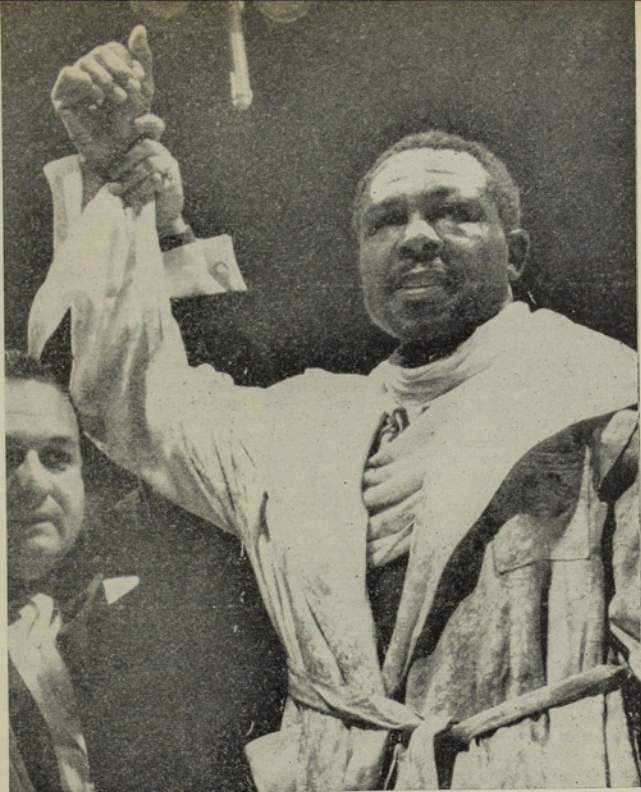
Curiosa contradicción la que evidencia el hecho de que por un lado estemos muy orgullosos de que gracias a una superior higiene de la salud, a una mejor

LOS 55 AÑOS: LA MEJOR EDAD
PARA
OBREROS
TECNICOS
ARTESANOS
ACADEMICOS
COMERCIANTES

Lord Bertrand Russell, a los 90, no sólo continúa su labor creadora como filósofo, sino que es además un militante pacifista que desafía la intemperie, los desfiles callejeros y la violencia de la policía londinense en los mítines que encabeza contra las explosiones nucleares. Como se sabe, el ilustre nonagenario sufrió recientemente prisión por expresar vivamente sus ideas.



por el Dr. HANS ZBINDEN
de la Universidad de Berna



El campeón mundial del peso medio pesado, Archie Moore, acaba de derribar en 12 rounds a un joven campeón que le disputó el título. Se trata de un cincuentón que conserva el centro. (Foto por gentileza de la Revista "Estadio")

alimentación y a una adelantada ciencia médica, el hombre contemporáneo haya visto prolongada la duración de su vida en más de un tercio, por término medio, respecto de las generaciones anteriores y por otro lado mostremos la más supina ineptitud ante el problema de responder social y económicamente a tan grata realidad. Porque en nuestro pensar y en nuestro proceder nos comportamos como si el hombre de 50 años fuera un ser acabado y a los 65 sólo sirviese ya para "chatarra". Sencillamente: es como si no nos hubiéramos dado cuenta de hasta qué punto se ha transformado la realidad, hasta qué extremo han cambiado las cosas en poco tiempo. Así es cómo los que

en otros días eran acertados juicios se han convertido en prejuicios y se han convertido en orientaciones equivocadas los que antes eran justificados criterios. Se siguen de aquí contradicciones, incluso desatinos, como ocurre siempre que se tanea con conceptos caducados en situaciones que han experimentado un cambio total. En pocas cosas se evidencia esto en forma más lamentable y clara que en nuestra actitud ante el problema del "hombre provector".

En tiempos en que la sociedad humana sólo en lo pequeño, en la esfera familiar, poseía un firme sentido de cohesión, la suerte del hombre que envejecía no era siempre de color de rosa, ciertamente, pero en la

casa, en el taller o en el corral, generalmente encontraba una tarea que cumplir, con lo que se mantenía vinculado a la comunidad y se le permitía realizar un trabajo, modesto a menudo, pero valioso aun y razonable. Mientras conservaba la salud, no sólo ganaba el sustento, sino que se mantenía articulado dentro del juego de la coexistencia social de la vida en comunidad. Tenía la sensación de ser útil para algo y de que el prójimo todavía le necesitaba. Se le ahoraban la desvinculación artificial y la desolación del aislamiento. La sociedad actual está organizada en forma mucho más amplia y complicada y las relaciones humanas son invadidas por sus reglamentaciones, profundamente. Al hacerlo así, una vehemente aspiración de progreso social quisiera asegurar a todos medios de vida y una mínima tranquilidad en la vejez, y justamente esta aspiración engendra involuntariamente obstáculos y ocasiona un derroche de humanas capacidades y energías.

Ahora bien, este desprecio y derroche de energías humanas empieza tempranamente ya en la escuela, por el modo en que se verifica la selección. Con nuestros métodos de pruebas y nuestros exámenes escolares se favorece al tipo del "memorión" sobre todo, al tipo receptivo que asimila fácil y rápidamente, al seguro de sí mismo, al intelectivo de sensibilidad limitada, dotado unilateralmente, que sin muchas emociones y gracias a un macizo instinto de aplicación por lo general pasa por pruebas y exámenes sin tropiezo, mientras justamente el tipo sensible, imaginativo, de acusada personalidad, independiente en lo íntimo, se encuentra en situación mucho más desfavorable ante los métodos en uso para exámenes y pruebas y es fácilmente excluido, viéndose privado más tarde de participar en tareas de valor. Ya con ello se manobra, por estos caducados procedimientos de selección, una orientación errónea de las dotes y las energías humanas. A menudo se cierra así, a criaturas excepcionales y superiores —que por serlo no se adaptan sin más a la falsilla—, el camino adecuado a su capacidad. Los más fuertes logran abrirse trocha, no obstante, pero son muchos los que malogran su porvenir, se desalientan, pierden la confianza en sí mismos.

La parcial selección es aun estimulada por el sistema de vallas y fosos que en forma de certificados, diplomas, títulos, etc., dificultan más cada día, y allende la medida justa, el acceso a numerosas profesiones. Un individuo dotado excepcionalmente para la mecánica —por ejemplo— si sólo ha pasado por la escuela primaria, no podrá ejercer el oficio de mecánico, pues para ello se le exige la educación secundaria. Frente a la falta de capacidades en todas las esferas, se aflojan hoy algo estas ligaduras y obstáculos, a los que se había llegado por miedo a la competencia, a la cesantía, y por una fiebre de reglamentación llevada a

extremos excesivos. También aquí la organización e intervención desmedidas traen consigo, a la postre, una falsa selección y una falsa orientación —cuando no el colapso— de verdaderas capacidades, lujo que, en estos tiempos precisamente, no podemos permitirnos.

Pero en nada trae consigo la contradicción entre lo que se pretende y lo que en realidad ocurre tan inesperadas y graves consecuencias como en los esfuerzos por hacer menos dura y más segura la suerte de las personas de edad avanzada. El moderno Estado social y la economía privada se esfuerzan en poner a salvo de la miseria y la tribulación en la vejez al mayor número posible de personas —con cajas de previsión, pensiones, seguros de vejez, seguros de vida. Conternados acabamos averiguando que lo que se concibió como bendición y ayuda se transforma en maldición, angustia y miseria para numerosos seres humanos. Las cajas de pensiones y otras instituciones sociales se convierten en verdadero obstáculo cuando se trata de dar de nuevo ocupación a personas que han rebasado cierta edad y que han perdido sus anteriores puestos.

Y esto ocurre cabalmente cuando la experiencia nos ha demostrado, con evidencia asombrosa, que hoy el hombre sólo alcanza su máxima capacidad después de haber cumplido los 50 años. Se ha comprobado que alrededor de los 55 años es la mejor edad para técnicos, comerciantes, mecánicos de precisión, operarios y artesanos y más aún para las profesiones académicas. A esta edad el hombre no sólo dispone de gran experiencia y riqueza de conocimientos prácticos, sino que, además, está en plena madurez, es más equilibrado, más digno de confianza que muchos jóvenes y tiene una más penetrante visión de los problemas, conservando por lo regular, sin merma apreciable, su vigor y su elasticidad. Justamente estas capacidades son eliminadas en casos de un tardío cambio de ocupación o deben conformarse con tareas que no rebasan una fracción de sus posibilidades. ¿No es tan inhumano como antieconómico que como consecuencia de una reglamentación absurdamente rígida se dejen en barbecho energías así, se las desvie al verdadero o sólo en parte mínima se aproveche su fecunda virtud?

Acaso se pretenda disculpar esto, alegando que las mencionadas instituciones colectivas deban tomar en consideración a la mayoría, aunque con ello una minoría sufra desventaja. Acaso suene a explicación esta abstracta reflexión estadística, pero tan pronto como llevemos las cosas al terreno de lo personal y enfrentemos el caso vivo, quedará sin fuerza ante el angustioso grito de la realidad, ante el apremio con que debemos preguntarnos si las plausibles ventajas de la gran mayoría han de lograrse necesariamente a costa de daño cruel para una minoría por cierto bastante considerable, si nuestra sociedad, que tan audaces progresos

no logrado justamente en la esfera de la política social, es incapaz de idear más flexibles métodos, evitando escuelas de rudeza sin nombre. Constantemente son despreciados y anulados verdaderos capitales de inapreciable valor espiritual y material, para la comunidad de valor irremplazable; constantemente son rechazadas posibles inversiones ricas en experiencia, en conocimientos, en confiabilidad y abnegación, como sólo se plan en el hombre maduro, porque, con criterio caducado, no nos hemos propuesto enfrentar con decisión el problema para buscarle la solución que la prolongación de la vida humana, de pronto, en forma inopinada e inaplazable, exige.

En los Estados Unidos, donde se usa mayor agilidad en estas cosas, donde no se teoriza demasiado y en vez de enredarse en discusiones interminables se prefiere ir con audacia al asunto y probar en la práctica, no sólo se ha visto y reconocido mucho antes la realidad de este problema, sino que se le ha enfrentado con soluciones concretas; así, se da allí el caso de fábricas que sólo emplean a personas mayores de 60 años, de bazares donde sólo atienden hombres y mujeres de avanzada edad, y los resultados que la experiencia brinda hasta ahora son altamente satisfactorios y estimulantes. Como es sabido, la Ford fue una de las primeras empresas que eliminó la rutina de la edad, dando trabajo, donde lo había, sencillamente, a quien tenía ganas de trabajar.

¿Por qué entre nosotros es todavía tan oscuro y complicado todo esto? Por lo general suele aludirse al hecho de que las cajas de previsión y pensiones y otros seguros de vejez no permiten otra solución más flexible. Nos cuesta creerlo. Se recordará que en su tiempo se consideró como utopía financiera y práctica el ALHV (1), el seguro para viejos y rezagados, lo mismo que 80 años antes se había considerado como sueño irrealizable la jornada de ocho horas. El verdadero motivo de toda esta problemática que en la práctica surge hoy, ha de buscarse, más que en nada, en el hecho de que también aquí con nuestro modo de pensar renqueamos detrás de la realidad sin alcanzarla. No hay duda de que nuestro criterio no ha llevado el paso al aumento de la duración media de la vida del hombre. Antes, el hombre de 50 años solía ser, efectivamente, un hombre gastado y al que había rebasado los 60 o los 65 podía considerarse incapaz para el trabajo. Y encima eran muchos menos los que llegaban a edad semejante. Esto ha cambiado hoy totalmente. Puede decirse, sin embargo, que, en cierto modo, nuestra conciencia social aún no se ha dado cuenta de ello. Sigue reaccionando según las viejas ideas. Por eso, sólo un nuevo modo de pensar, adecuado a la realidad del presente, podrá ofrecernos aquí



Stanley Matthews, el más grande jugador de fútbol inglés de todos los tiempos, que bordea los 50 años, "debió ser —según la prensa británica— el puntero derecho titular de la selección inglesa en el Mundial de Chile". No lo fue, pero continúa jugando como un virtuoso. Es hoy tan popular en su país como lo fue hace 30 años (Foto por gentileza de la Revista "Estadio").

la solución práctica. Realizado el cambio, el trastruque, en las cabezas, el camino de la adecuación práctica de las cosas se mostrará pronto por sí mismo. Cuando se haya reconocido sin atenuantes que no podemos seguir permitiéndonos esta dilapidación de energías humanas valiosísimas, grávidas de madurez y experiencia, cuando se haya comprendido bien que el hombre conserva hoy mucho más tiempo su plena capacidad, entonces se encontrará el modo de superar la absurdamente rutinaria rigidez de la actual reglamentación de las cajas de previsión, pensiones y ayuda social a la vejez.

La salud social y espiritual de la comunidad depende, de muy esencial manera, de que se mantenga orgánicamente, en constante y fecunda acción recíproca, el nexo entre las distintas fases de la edad del hombre, sin que se vea perturbado por intervenciones artificiales y esquemáticas. En la vida las distintas edades dependen unas de otras. Así como el bosque natural no conoce una separación de los árboles de la misma edad, dándose en él, en realidad conjunta, todas las fases

(1) N. de la R. "Alters- und Hinterbliebenenversicherung".

del crecimiento y en el equilibrio biológico del bosque pleno, entero, alcanza la comunidad arbórea la salud más duradera y la máxima capacidad de resistencia y recuperación, así también la prosperidad social exige que todas las fases de la edad del hombre, en su múltiple entretenerse, obren en común, dando de sí cada una lo mejor. Cada edad tiene sus ventajas y sus flaquezas, lo mismo los años de juventud que los de madurez, y una política social realista debe evitar toda parcialidad que obstaculice el equilibrio natural compensador. Ni la idealización de la juventud, ni la de la vejez, son aquí pertinentes. Los rendimientos máximos dentro de la gran comunidad sólo son factibles allí donde la mayor suma posible de las energías de que se dispone pueden desarrollarse y utilizarse, cada una en la medida de sus dotes y su capacidad, en bien propio y en el de todos.

Claro que totalmente no se logrará nunca evitar que queden ociosas dotes personales valiosísimas. Tanto más necesario parece por lo menos impedir un derroche donde todo indica que con alguna perspicacia y un hábil esfuerzo es perfectamente posible.

Mas no sólo habrá que pensar en medidas legales. Desde luego, ellas deberán brindar la posibilidad, y servir, al mismo tiempo, de acicate, incluso, donde sea necesario, como una adecuada obligación impuesta. También será, ciertamente, ineludible, una compensadora ayuda del Estado. Mas con esto sólo hemos rozado un aspecto del problema. Pues tan importante es lo que yo llamaría el clima de solidaridad, la atmósfera de comunidad, de comunión. En realidad, su fundamento podría enunciarse con la máxima exactitud repitiendo aquí el vulgar "give him a chance", es decir, dále oportunidad, ábrele una puerta, permite que demuestre de lo que es capaz, para qué sirve, no te eurras muellemente tras un esquema para rechazar todo lo que con este esquema no va de acuerdo en la forma más estricta. Un poquito más de benevolencia, de buena voluntad, sencillamente de agilidad mental, de flexibilidad y buena disposición, bastarían a menudo para encontrar soluciones donde todos los caminos parecen cerrados. Lo que justamente necesita la mayoría de las personas en esta encrucijada es que se les infunda ánimo, encontrar una acogida humana que les ayude a superar sentimientos de inferioridad bien comprensibles y a adquirir confianza en sí mismos o recuperarla. Son muchos los que podrían rendir mucho más, serían más francos y felices, si se les diera oportunidad para demostrar lo que valen, si se les hiciera ver que se espera algo de ellos. Constantemente se da el caso de que personas, al parecer del tipo medio, son capaces de un rendimiento extraordinario allí donde la pura contingencia o la perspicacia del prójimo les asignan tareas importantes que exigen mucho más que lo rutinario y corriente. Por miedo a una

competencia peligrosa, que podría eclipsar acaso la propia capacidad, se prefiere al útil, pero mediocre, o se ataja al reconocido como superior para bloquear su avance; en el mejor de los casos se le deja sólo en su pugna, para que solo se abra camino. Se prefiere ignorar que su acicate sería al cabo fecundo para nosotros mismos y que, a la postre, todos saldrían ganando.

Si la suerte del hombre maduro ha de ser menos cruel, si no queremos seguir arrojando al vertedero energías de insuperable excelencia, habrá que pensar, antes que en nada, en las condiciones de los empleos. Deben empezar predicando con el ejemplo las autoridades, las asociaciones y las empresas. Es antisocial y doloroso que en los concursos y circulares, incluso por parte de las autoridades, para ocupar un puesto que un hombre de edad podría desempeñar de modo perfecto, el aspirante se encuentre con estas palabras: "edad máxima 35 años". Es, sencillamente, como una bofetada para todos los que han traspuesto esta edad, y que ya de antemano ven cortada así la mera posibilidad de que una oportunidad se les brinde. Así como nuestra sensibilidad social considera hoy inhumano el trabajo infantil y lo ha suprimido, cuando sólo hace algunas generaciones se consideraba lo más natural, no admite ya espera una verdadera campaña para infundir hasta la raíz en la mayoría de las gentes un modo de pensar y sentir que ya no tolere moralmente que se impida a nadie el acceso a un empleo por razones de edad, que la barbarie de la respuesta "lo siento mucho, es usted demasiado viejo", quede reemplazada por la más humana y económicamente más inteligente oferta de trabajo a personas de edad, siempre que sean aptas para la tarea y estén dispuestas a adaptarse a la nueva situación.

Ahora bien, en el propio hombre de edad no es menos necesaria una readequación. Contra los golpes del destino no crece ninguna hierba y por eso mismo la buena solución depende mucho de la actitud y el comportamiento del hombre de edad personalmente. Hay a menudo resistencia para emplear de nuevo a personas mayores, porque se teme que se hayan anquilosado en la rutina, o que, con demasiadas pretensiones, no se den fácilmente cuenta de que deberán conformarse con empleos más modestos. Más agilidad, más flexibilidad se requieren aquí cabalmente por ambas partes. A quien es de veras capaz le ocurrirá a menudo que con un comienzo chiquito, por modesto que sea su reingreso a la faena, al cabo de algún tiempo se le brindan inesperadamente nuevas oportunidades. ¿Y no es mucho mejor encontrar de nuevo ocupación en un trabajo que en cierta medida satisfaga, incluso con paga reducida, que permanecer inactivo, inerte y amargado, perdiendo buenos años, convertido en una carga para sí mismo y para los demás?

Constituye un problema aparte el aspecto del límite esquemático de edad. Está fuera de toda duda que en interés de una política económica y social saludable conviene que los viejos hagan sitio, dejen cancha, y el límite de edad rígido impide que precisamente aquellos que, esquizofrénicos, no son ya accesibles a lo nuevo, convertidos en burócratas pedantes y que por miedo al vacío que en torno suyo va a producirse al cesar en su cargo, se agarren a él fieramente, taponando la afluencia de sangre fresca, cerrando el paso a aspirantes más jóvenes. Por otra parte, el hombre de cabales dotes no tiene por qué temer al límite de edad: ya encontrará el modo de llenar la ociosidad que se le brinda con tareas nuevas. Pero sin duda la actual rigidez de la reglamentación no es satisfactoria en modo alguno: la encontramos indiferenciada con exceso, demasiado primitiva, y es una prueba más de la incompetencia sin remedio con que nos enfrentamos aun a la feliz realidad de la prolongación de la vida humana.

La fuente de energías que esta prolongación nos ofrece es desaprovechada, desperdiciada, desdichadamente, por nuestra ultrarracionalizada sociedad. Recluimos a los viejos en un tinglado para matusalenes, les excluimos de la ligazón orgánica de la vida y creemos cumplir del modo más lindo con nuestros deberes sociales, construyéndoles simpáticos y confortables asilos. Que la psíquica opulencia que alienta aun incluso en gentes sencillísimas permanece infecunda, que estos seres arrinconados en el museo de la vejez sienten, dentro de su relativa falta de preocupaciones, precisamente la que más tortura, la de carecer de una misión, de un cometido, condenados a cruel desolación o reducidos a vegetar entre puros viejos como ellos... he aquí un aspecto en el que no se ha reparado aún en toda su magnitud y significación, ni se le ha encontrado más satisfactoria salida que la de las

soluciones momentáneas, que tendrán en cuenta la situación económica de los viejos, pero no su situación espiritual. También será aquí un nuevo modo de pensar lo que engendre un más sagaz criterio, haciendo posible que la tarea se conciba sobre la base de una orientación nueva de nuestra política social.

La sociedad moderna, dados sus recursos materiales y espirituales, incrementados en formidables medida y cabalmente en relación con estas tareas, no puede hacerse responsable del cuasidelito que significa dejar perderse estérilmente incontables, valiosísimas energías, abandonándolas, en las más tristes condiciones, a la atrofia y la amargura. Bastantes casos hay en que la ayuda es imposible con la mejor voluntad. Razón de más para adaptar nuestra línea de conducta y nuestros objetivos, basados ya en un más hondo conocimiento, a las exigencias presentes y futuras. "Larga vida" quisieron siempre los hombres y eternamente anhelaron conservar algo de la elasticidad y el goce de vivir de la juventud. Este anhelo se cumple hoy para muchos, por ventura. ¿Será necesario que se convierta en maldición y suplicio también para muchos lo que es una dádiva de superiores condiciones de vida y mayores conocimientos sobre la alimentación y la salud? Tras haber logrado tan grandes avances materiales, es ya hora de crear, social y espiritualmente, condiciones que hagan humanamente digna la existencia de los viejos y que el ciego y tosco despilfarro sea reemplazado al fin por el fecundo desarrollo de la energía humana hasta edad avanzada, en bien del individuo y de la comunidad. Se trata de un grande, grave problema, pero excitante, al mismo tiempo, grávido de estímulos, que espera su solución de la sociedad moderna. Y la cosa no atañe sólo a los viejos. Tanto como a ellos importa a los jóvenes, los viejos de mañana, ponerse al día en su modo de pensar para contribuir a que se allanen los caminos que han de traer consigo una solución justa socialmente y humanamente digna.